

Nada tenía que temer en aquel pueblo, donde los malhechores de todas clases, tanto los ladrones de honras como los de riquezas, eran tan desconocidos como en el paraíso terrenal, y en su confianza dormía con las puertas abiertas de par en par.

Benedetta avanzó con precaución y con la suavidad con que una mariposa se coloca sobre los pétalos de un lirio, rozó con sus labios manchados por los besos infames del barón los negros cabellos de Marieta.

Esta ni siquiera se apercibió.

Algunos momentos después la desventurada joven estaba en su lecho, postrada ante una pequeña virgen de mármol colocada sobre una elegante consola, regalo ambas cosas de Rabastoul á su amiguita, que era también su ahijada, y con los ojos llenos de lágrimas imploraba á la eterna dispensadora de la gracia, diciendo:

—¡Santa Virgen, tened piedad de mí, tened piedad de nosotros!

Y viendo á través de sus modestas cortinillas de muselina el pabellón donde descansaba la hermana del capitán, pensaba:

—¡Pobre tía Julia, si ella llegara á saber!...

¡Pero nada sabría! ¡ignoraría por siempre las miserias de aquella noche maldita!

Así lo esperaba Benedetta.

¿No había venido en su ayuda la Providencia de que sin cesar hablaba el cura

de Marignac, el padre Artigues, al disponer que todos estuvieran descansando aquella noche?

—¡Por grande que fuera su desgracia, los demás la ignorarían, ella sola pasaría las terribles amarguras que la esperaban!

Así al menos lo pensaba; sin embargo, no estaba en lo cierto.

El odioso atentado de que había sido víctima debía repercutir sobre ella, sobre sus seres más queridos y sobre sus execrables autores.

X

Reales esplendores.

Algunas semanas después, el diez de setiembre, una abigarrada aunque lujosa multitud invadía el castillo de Plessis-Mortcerf, una de las más suntuosas residencias de los alrededores de París.

Su riquísimo propietario acababa de inaugurar la caza de sus inmensos cotos, en numerosa compañía.

Al día siguiente pudo leerse en los periódicos mundanos la noticia concebida en estos términos.

«Ayer, gran recepción en Plessis-Mortcerf.

»Todo el mundo sabe que este riquísimo dominio pertenece al barón Isaac Moisés, que le ha restaurado, embellecido y aumentado considerablemente.

»Nunca, ni aún en los mejores días de

la monarquía, el castillo de Plessis-Mortcerf, antigua residencia de los príncipes de Conti, ha presenciado semejantes fiestas.

»Se han cobrado setenta y seis piezas.

»Y esta caza, no ha sido más que una sencilla escaramuza, que ha durado menos de dos horas!

»Ha asistido toda la crema de la aristocracia parisien;» etc., etc., etc.

El dominio de Plessis-Mortcerf, situado en medio del departamento de Seine-et-Marne, entre Tournan y la selva de Crecy, abraza una considerable extensión de tierras y bosque.

Por un lado se acerca al monte de Armainvilliers y por el otro á los poblados de Neufmontiers y de Crevecoeur.

Dentro de sus muros se guardan innumerables faisanes, conejos y liebres, con más algunos gamos y ciervos puramente decorativos.

Se guarda muy estricta severidad con todos cuantos entran en la posesión para el trabajo de las tierras, con objeto de evitar que la caza sufra menoscabo.

En ausencia del señor, un verdadero ejército de guardas, vestidos con una túnica verde, bandolera con chapa de plata (en que lucen las armas de Mosés, ¡oh escarnio de los tiempos!) y gorro redondo galoneado, vigilan constantemente de día y de noche.

Caussedé asistía á la fiesta mariposeando, tan libre como si estuviera en su pro-

pia casa, y más amigo que nunca de Jacobo Mosés, presunto heredero de aquellas magnificencias.

El bearnés se conducía como en familia y hacia los honores á las señoras paseándolas á través del parque ó de los salones, haciéndolas admirar las estatuas de que estaba lleno el jardín, y llamándolas la atención sobre la multitud de flores exóticas que se encerraban en las estufas, sobre los cuadros de mano maestra ó sobre los bronces de fabuloso precio.

El bearnés reía con extraña risa contemplando tan inmensa riqueza, y con sus íntimos no se reservaba para dar á conocer su pensamiento.

—Nunca podríamos pagar esto con nuestras pequeñas rentas—decía á la anciana duquesa de Rochefide, que acudía por primera vez á casa de los Mosés.

—Para cada lienzo tendríamos que vender una heredad.

—¿Y dónde puede ganarse tanto dinero?—exclamó la Duquesa.

—No, esto no hay que ganarlo, esto... se coge.

La anciana Duquesa se mordió los labios con satisfacción.

—Trata usted bien á sus amigos—dijo.

—¡Oh! ¡mis amigos! Me parece, duquesa, que entre nosotros...

—Entonces será que usted pretende alguna cosa.

—Eso es; pero nunca podrá usted fiárselo.

—¿Misterios tenemos?

—Precisamente.

La duquesa de Rochefide debía haber sido muy hermosa y conservaba restos de su belleza.

Sus salones daban patente de nobleza al que los visitaba.

Caussedé, lejano pariente suyo, la había conducido poco ménos que á la fuerza á casa del Barón, que agradecía en lo que valía al Marqués aquel señalado servicio.

El barón Mosés hubiera dado gustoso mil luises, porque con la noticia de su fiesta hubiese ido esta pequeña post-data:

«Entre los invitados de Plessis-Mortcerf figuraba, en primer término, la duquesa de Rochefide.»

Ahora bien, su deseo se había conseguido por mediación de Caussedé, que hubiera podido pedirle á cambio de este servicio, cuanto hubiera querido.

Pero el marqués complacía al barón desinteresadamente, y le decía:

—Soy bastante dichoso con haber tenido ocasión de servirle...

—¡Oh! ¡corazón de oro!

—Y bien—dijo la duquesa cambiando de pronto de conversación, ¿usted no trata de casarse, Huberto?

—No, amiga mía.

—¿Y cómo es eso?

—Verdaderamente es un asunto que nunca me ha preocupado.

—Que, ¿el matrimonio le parece á usted peligroso?

—Eso, desde luego, y además, apenas tengo con que vivir.

—¿Usted?

—¿Qué quiere usted que haga yo con cuarenta ó cincuenta mil francos de renta? Eso es bueno para un hombre solo.

—Busque usted para casarse una mujer que tenga otro tanto.

—¿Y á quién me dirigiría yo en los tiempos que corren? Esa mujer diría que no teníamos más que para pagar los accesorios de un cotillón.

—Usted exagera; pero en parte tiene mucha razón.

En este instante una cabecita encantadora y animada con dolorosa expresión, se deslizó entre el joven y la duquesa, y sonriendo débilmente preguntó con marcada timidez:

—¿Qué es lo que ustedes están tratando?

—Hablamos de las bellas cosas que por aquí se ven—contestó Caussedé.—Este es el palacio de las maravillas; parece que presenciamos una fiesta de las *Mil y una noches*.

—Ali Babá y los cuarenta ladrones—pensó la duquesa;—pero se guardó muy bien de decirlo.

La expresión melancólica de la joven la inspiraba verdadera compasión.

Era Raquel, hija del barón Mosés, su preferida, vivo retrato de su madre per-

dida, una hermosa esclava que fué la única mujer que inspiró al barón una pasión que no fué terrestre y grosera.

La jóven contemplaba al Marqués con ternura mal disimulada.

A la observación del bearnés contestó dulcemente:

—Más nos valdría tener menos riquezas y más amigos.

Los tres se encontraban cerca de uno de los balcones que dominaban el parque y sus avenidas.

—Me parece—dijo Caussédé señalando á la terraza, llena de paseantes, que los amigos no faltan en casa del barón, hoy por lo menos.

La joven suspiró, una ligera tos levantó su pecho delicado y detuvo por un momento su contestación.

Hizo una seña al marqués, mostrándole tres grandes sillones de madera dorada, cubiertos de ricas telas, y sentándose en uno de ellos, se llevó la mano al pecho como para contener un nuevo acceso de tos.

—¿Cómo se encuentra usted?—preguntó el jóven con interés.

—Pues como siempre.

Y muy bajo, sacudiendo la cabeza, añadió con voz dolorida:

—¡Mal!

—¿Y con qué motivo se celebra esta fiesta hoy, señorita?—preguntó el marqués cuando la joven se hubo repuesto.

—Pues... no sé; con motivo de la caza debe ser.

—Se ha oído hablar de un matrimonio.

—Quizá; pero yo no estoy al corriente de estos asuntos.

—¿Se trata de su hermano?

—Me parece que sí.

—¿Y podría, sin ser indiscreto, preguntar el nombre de la dichosa elegida?

La joven se disponía á contestar, cuando dos paseantes, cogidos del brazo, cruzaron delante de la ventana donde estaban Caussédé, la duquesa y la joven.

Uno de ellos era el barón Mosés; el otro era un gentieman de unos sesenta años, alto y delgado, con los cabellos cortados al rape y la barba gris, casi blanca, más vieja que el rostro, por decirlo así.

Sus facciones expresaban una irreprochable distinción, pero se adivinaba en él, á pesar de la corrección de su vestido, profunda inquietud y una especie de temor y desconfianza hacia su compañero de paseo, que hablando con él se expresaba con animación.

—¡Dios mio!—dijo la judía con asomos de dulce malicia—todavía no estoy muy segura, pero si desea usted detalles precisos, puede pedirselos á ese caballero que ha pasado hablando con mi padre.

—¿El marqués de Villedieu?

—El mismo.

—¿Entonces se trata de la señorita de Villedieu?

—Eso creo.

—Vuestra amable prima;—dijo la duquesa á Caussédé.

El marqués permaneció mudo; pero se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Raquel había dicho la verdad, y aún había algo más, que la joven no había querido revelar.

Se trataba de un matrimonio que el barón se había propuesto hacia ya algún tiempo, y en este momento el bearnés acababa de comprender su plan.

En lugar de imitar á sus semejantes, que con el fin de conservar los millones amasados hacen los matrimonios en familia, el aventurero, tantas veces maldito por sus innumerables despojos, hechos á la sombra de la ley, quería conquistar definitivamente, por un golpe de audacia, aquella sociedad que tan penosamente se iba atrayendo.

Los salones de la avenida Gabriel, siempre despreciados, el dominio de Plezsis-Mortcerf, antes desierto, empezaban á estar de moda.

Con los años, aquel olor de trapacería, aquellas emanaciones de agio que, por así decirlo, los infestaban, habían ido desapareciendo y fundiéndose en el medio ambiente.

A la vista de aquella inmensa fortuna, se olvidaba su origen, como al contemplar una estatua ó un retrato de cortesana, se olvidan los vicios del modelo para admirar la magnificencia del cuerpo y la hermosura del rostro.

Esto constituía ya un éxito, pero no era bastante para la ambición del banquero.

Quería conquistar de una vez para él y para sus hijos, el derecho de ciudadanía en aquella aristocracia que iba domando poco á poco, poniendo sábiamente en práctica el valioso manejo que empleaba en todas sus obras, la corrupción.

Jugadores esquilmados, gentiles hombres medio en ruinas, acosados de deudas; condesas averiadas, grandes cortesanas empeñadas con las modistas; todo esto lo había reclutado para hacerse una legión asalariada que cantase sus alabanzas.

Los unos, se habían vendido descaradamente, por un cheque oportunamente entregado.

Otros iban de buena fé, y obraban por gratitud hacia el donador de espléndidos regalos.

Estos eran los más útiles,

Entre estos últimos se contaba uno, que prestaba verdadero servicios al barón Mosés, en cambio de los que de él había recibido.

Verdad es que el barón se había dedicado á conquistarle con una complacencia y una delicadeza admirablemente llevadas.

En ello le guiaba un doble fin.

Desde luego el marqués de Villedieu gozaba de bastante influencia en el barrio de Saint-Germain, y además era padre de una hija única, Elena de Villedieu, que como había dicho la duquesa de Rochefide, era encantadora.